

# LA VOZ DE GUANAJUATO.

## SEMANARIO INDEPENDIENTE.



Registrado como artículo de 2ª clase.

### PRECIOS DE SUSCRICION.

Por un trimestre adelantado fuera de la Capital.....	50 cs.
Dentro de la Capital.....	37 „
Números sueltos.....	3 „
Números atrasados.....	6 „

Avisos de interés particular á precios convencionales, pago adelantado.

Administracion, Imprenta del Estado.

### COMENTARIOS.

Pues sí, el Padre Larra concluyó por el principio. Después de mostrar en las conferencias de Santa Brígida, un arsenal de erudición moderna; después de bombardear á los espíritus por los cuatro costados, si los tienen, concluyó por donde siempre comienza la infancia de los pueblos y la de los hombres.

Con las conclusiones del Padre sapientísimo dan arranques de volver á la primera edad. Se recuerdan las noches de invierno en que acurrucados junto á la vieja criada, escuchábamos temblando el relato horripilante de paraciones demoníacas.

Los niños se asustan con el *coco* y los pueblos bebés se asustan con el rugido del viento en la caverna, con el estruendo en la oscuridad de la noche de la jauria infernal que atraviesa el bosque. La sombra es el fantasma, la fosforescencia lejána es la luz del aqualarre, el niño que ahueca asfixiado, es la inocente víctima de la bruja que cabalgando en un palo de escoba, se filtra por el agujero de la llave; el silbido de la ave nocturna en el tejado vecino, señala la hora de cita para todas brujas de la comarca que tienen que asistir devotamente á la misa del sábado.

Ahora los pobres de espíritu somos víctimas de una obsesión terrible. Tenemos la misa todas las noches y en nuestras propias casas. El espíritu malo, por meterse en todo, se ha metido á espiritista y se ha metido debajo de las mesas para dar toques de consigna y hacernos bailar en tres piés. Haciendo milagros de equilibrio, se habian quedado mudas, estupefactas, esperando que el Padre Larra soltara al diablo. Y lo soltó, pero ya no como brujo mal aderezado, oliendo á azufre y con sus ribetes de alquimista. Ahora es un prestidigitador de guante blanco que se ha olvidado de los conciertos de brujas, á la mitad de la noche, en la escueta ladera y al aire libre. Ahora es un dandy, amante de los salones y que departe amigablemente con las damas.

Pero hé aquí que otro notable prestidigitador, Balabrega, á la voz del Padre Larra hace oír la suya desde Mazatlan y deja mal trechos al diablo juglar, de malon, y á su padrino el predicador de Santa Brígida.

El Padre Balabrega, aboga por sus legítimos fueros, no quiere que el diablo empañe sus bien conquistadas glorias y dice: "En cuanto al Espiritismo, que no debe ser manoseado en las tablas de un escenario, es una hermosa doctrina, la sé y la admiro

como tal, pero sus manifestaciones no las encuentro ni más maravillosas ni más convincentes que lo que son las suertes de un prestidigitador.

Algunas de éstas parecerían acaso sobrenaturales á una imaginación ávida de misterio, mas no así al resto de los espectadores. De la misma manera, las manifestaciones llamadas "espíritas" podrán hacer creer al que no ha estudiado todos los secretos del organismo humano y las admirables relaciones que hay entre el alma y el cuerpo, en algo sobrenatural, pero no conmoverían en lo más mínimo al que ageno á las seducciones de una fantasía enferma, esté habituado á buscar el *quid* de todas las cuestiones y á no descansar sino hallando ese *quid* en alguna causa natural.

He recorrido toda la extensión que abarcan los Estados Unidos, ese país clásico del Espiritismo, he visitado á todos los *mediums* de fama y he tenido la fortuna de no encontrar una manifestación que no pueda yo reproducir sin la ayuda de esos seres invisibles que los señores espiritistas *arrancan* de la eternidad, inmutable, tranquila, para traerlos á esos conciliábulo de afanosos inquisidores que á semejanza de los adeptos de todas las religiones necesitan ideales que acariciar y los forjan á su antojo."

Con la declaración del Padre Balabrega, que el Padre Larra tiene el deber de aceptar como verídica, supuesto que no tiene motivos para dudar de ella, y supuesto que debe aceptarse la conocida regla de derecho: *peritis in arte credendum est*, quia á los peritos aun cuando sean diablos ó prestidigitadores se les debe creer; con esta declaración, digo, el Padre Larra va á salir pronto del diablo para entrar en Balabrega ó vice-versa, porque de otra manera no sale del apuro. Su disyuntiva me parece clara: O Balabrega es el diablo ó el diablo nada tiene que ver con los fenómenos espiritistas. Lo primero que lo conteste Balabrega; lo segundo lo repugna la tesis del Padre Larra.

Pero hé aquí que la dificultad sube de punto y el diablo mismo se mete en camisa de once varas. Un Señor Diputado no está conforme con las conclusiones del Padre Larra y sin decir *agua va*, le espetó al conferenciante una misiva por el estilo: Vd. ha citado á singular combate á los que no están conformes con sus conclusiones. Yo no lo estoy. Vd. ha dicho que los fenómenos espiritistas son obra del diablo. No es cierto y lo puedo probar. No es cierto sencillamente porque el diablo no existe.

Entonces quién es Balabrega?

IGNOTUS.

### DE SOL A SOL.

BALADA.

I

Como una paloma echada,  
En el fondo de la mar,  
Se ve una blanca casita  
En donde vive Piedad,  
Piedad la de negros ojos,  
La de la pálida faz,  
Que lleva en su linda boca  
Los pedazos de coral.

II

Es una hermosa mañana,  
El sol comienza á brillar  
Y á solas en la ribera  
Fernando y Piedad están;  
Una tras otra las olas  
En la playa á morir van  
Con un murmullo monótono,  
De monótono compás;  
Entra Fernando en su bote,  
En su bote de pescar....  
"Adios," Fernando, dice ella  
"Adios," responde el galán,  
Se oye un doble beso, el aire  
Los arrebató fugaz,  
Y ella vuelve á su casita,  
Y él se pierde en alta mar.

III

En la siguiente mañana,  
Veinticuatro horas no más.  
Después de ruda tormenta,  
Torna el bote de pescar;  
Toda la noche el mancebo  
Luchó con el huracán,  
Luchó con las bravas olas  
¡Y luchó para triunfar!  
Desde lejos, desde lejos  
Siente horrible, inmenso afán,  
No ve la casta blanca,  
La casita de Piedad,  
Ve unos escumbreros en donde  
Los olas á morir van.....  
Deseaba y triste la playa,  
¡Y el sol que comienza á brillar!

JOSÉ PEON Y CONTRERAS

### LA PRINCESA VICTORINA.

I

Encontráronse una vez dos hadas junto á la ladera de un bosque inmediato á la ciudad. Una de ellas, que se llamaba Urganda, estaba de muy mal humor por no haber sido invitada á las fiestas que se habian celebrado para el bautizo de la hija del rey; pero la otra, denominada Filinda, ballábase en extremo satisfecha porque la habian convidado á la ceremonia.

Y con las hadas ocurre lo mismo que con los hombres; son buenas cuando están contentas, y la tristeza las predispone al mal.

—Buenos días, hermanos—dijo Filinda.

—Buenos días—gruñó Urganda—supongo que te habrás divertido mucho en la corte del rey Mataquin.

—Muchísimo. Las salas estaban tan bien iluminadas como las de nuestros palacios subterráneos, y se sirvieron exquisitos manjares en platos de oro sobre manteles de encajes. Luego se bailó.....

—Sí, sí, desde aquí he oído los violines. Y en pago de la hospitalidad del rey, habrás hecho á la princesa soberbias donas.

—¡Pues claro! La princesa será hermosa como el día; su voz se asemejará á la del ruiseñor y tendrá su cuerpo todas las perfecciones imaginables. Además, cuando esté en edad de casarse, contraerá matrimonio con uno de los príncipes más bellos y poderosos del mundo.

—¡Perfectamente!—dijo Urganda orgullendo los dientes.—Yo también quiero mostrarme generosa con ella.

—Pero no vayas á otorgarle un don fatal. Puedo ejercer contra ella uno de mis conjuros. La princesa Victorina será hermosa como el día, ya que ninguna hada puede deshacer lo que otra ha hecho; su voz se asemejará

á la del ruiseñor; tendrá su cuerpo todas las perfecciones imaginables y se casará con uno de los príncipes más bellos y poderosos del mundo; sino que.....

—Sino que..... repitió Filinda llena de inquietud.

—Sino que, cuando se case dejará de ser mujer para convertirse en hombre.

Filinda lloró y suplicó con desesperación, pero todo fué en vano. Urganda no quiso escucharla y desapareció como por ensalmo, mientras la otra meditaba acerca de los medios de que podría valerse para evitar las consecuencias del terrible conjuro.

II

A los diez y seis años era tan hermosa la princesa Victorina, que en todo el mundo no se hablaba más que de su extraordinaria belleza. No hubo nación que no enviara embajadores á la corte de Mataquin, con objeto de pedir la mano de la princesa para los más ricos y poderosos monarcas.

Pero el rey y la reina, conocedores del terrible secreto, no sabían qué contestar. Despedían cortesmente á los embajadores, sin consentimiento ni negativa, y se desesperaban ante el caso singular que les ocurría.

Cierta día jugaba Victorina en el jardín del Palacio de sus padres, cuando oyó ruido en el camino inmediato. Alzó los ojos y vió un magnífico cortejo que se dirigía al regio alcázar.

Al frente de la comitiva y en un soberbio caballo, iba montado un jóven de hermosísimo aspecto.

—¡Qué hombre tan gallardo y elegante!—exclamó la niña.

Luego pensó que si el mancebo tenía intento de pedirla en matrimonio, estaba ella pronta á concederle su mano.

El jóven, que al pasar habia visto á Victorina, se detuvo y le dijo:

—Plegue á las hadas que seáis la hija del rey Mataquin, porque vengo á casarme con ella y sois la criatura más encantadora de la tierra.

—Pues soy la princesa Victorina.

Desde aquel instante se amaron con delirio.

III

¡Júzguense cuál sería la situación del rey y de la reina!

No se trataba ya de satisfacer la petición de un embajador, sino la de su propia hija que les suplicaba con lágrimas en los ojos que accediesen á la demanda del recién llegado caballero.

Por otra parte, el príncipe Diamante, hijo del emperador de Gohonda, podía poner en pié de guerra cuatro ó cinco ejércitos, y no era cosa de desairarle torpemente.

No pudiendo revelarse tampoco el fatal secreto, que hubiera sido considerado como un absurdo, consintieron al fin en el casamiento de los dos amantes.

IV

El rey y la reina estaban anualmente intranquilos el día de la boda, y solo abrigaban la esperanza de que la hada maldita hubiese desistido de su venganza.

Al día siguiente se presentaron los esposos á recibir la bendición paternal.

—¡Hija mía!—exclamó el rey lleno de horror!

—¡Victorina!....—sollozó la reina.

—No soy vuestra hija, sino vuestro hijo Victorino.

Y volviéndose hácia la puerta, añadió: —Ven, hermosa Diamantina. ¡Por qué tiembles así! ¡Hé aquí á mi esposa!